

## JOSÉ ÁNGEL VALENTE, EN SU CONTEXTO GENERACIONAL

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ HERRÁN

La amable invitación del director de este Encuentro sobre José Ángel Valente hace que me corresponda a mí pronunciar la lección inaugural; doble honor que, además de agradecer, quiero explicar —ya que no justificar— en esta reunión de los más prestigiosos *valentistas*; ustedes saben que no puedo contarme entre ellos (y bien que lo siento), pues nunca me he ocupado específicamente del poeta orensano, aunque admire su obra poética y ensayística. Pero en mis ocasionales salidas del campo decimonónico en el que preferentemente se mueven mis investigaciones, uno de los temas que prefiero para mis cursos monográficos o para las tesis que dirijo, aparte de haberle dedicado alguna publicación ocasional, es el estudio de la teoría, la recepción y la crítica de la poesía española de los últimos cincuenta años.

Conocedor de ello, mi compañero de Departamento, profesor Rodríguez Fer, ha considerado que acaso pudiera ser pedagógicamente útil una *lección* mía dedicada a enmarcar la obra poética de Valente (esa obra que un brillante plantel de críticos va a analizar y elucidar en las sesiones que sigan) en lo que, para entendernos, llamaremos —aceptando el título que me fue propuesto— *su contexto generacional*. Son, pues, razones metodológico-didácticas y no protocolarias las que

pueden justificar el inmerecido honor de que sean mis palabras las que abran este Encuentro.

De acuerdo con las precisiones que acabo de hacer, mi intención aquí es hablar de Valente en *la poesía de su tiempo*, o, dicho de otra manera, diseñar un *marco generacional* para Valente; y, puesto que el interés por el conocimiento de su poesía es lo que nos ha convocado en este encuentro, trataré de que en ese *marco* se defina con especial nitidez la figura del autor de *Mandorla*, lo que supone llamar la atención sobre su papel en las diversas cuestiones a que me refiera; un papel que —ya lo adelanto ahora— será siempre notablemente significativo, cuando no ejemplar, pese a (o precisamente por) la peculiar e independiente relación que siempre ha mantenido con ese grupo al que pertenece de una manera coherentemente paradójica: como impulsor, como teorizador, pero también como el más heterodoxo de sus integrantes.

Un grupo, por cierto, de discutida denominación: Santiago Daydí-Tolson se ha tomado la molestia de enumerar, en una erudita nota de su monografía sobre nuestro poeta, las diversas etiquetas que la crítica ha acuñado<sup>1</sup>, bien con criterios cronológico-generacionales («segunda generación poética de posguerra», «generación de 1924-1938», «generación de 1956-1971», «grupo poético de los años 50», «grupo del medio siglo», «promoción del 60»), estético-temáticos («realismo crítico»; «generación de la poesía social») o que se limitan a notar su inmediatez, juventud o novedad: «poesía última», «joven poesía», «poesía nueva»; confieso que esta última es la denominación que prefiero, a pesar de la radical ambigüedad inherente a ese adjetivo y consciente de que el paso del tiempo obligará enseguida a denominar *novísima* la poesía que venga después. En todo caso, si un crítico ha propuesto denominar al grupo como si fuera una *razón social* («generación Rodríguez-Brines»<sup>2</sup>), ¿por qué no «la generación poética de José Ángel Valente»?; algunas razones y datos que expondré aquí (acaso no suficientemente conocidos o recordados) podrían avalar tal propuesta.

<sup>1</sup> Daydí-Tolson, 1984, pp. 11-12.

<sup>2</sup> Silver, 1969.

Y ello a pesar o en contra de la opinión de nuestro poeta, que ha dado, especialmente desde los años 70, reiteradas muestras de su interés por no ser catalogado en tal grupo. No pensaba lo mismo en 1955: como ha recordado García Martín, Valente fue el primer antólogo de aquella promoción, a través de la sección «Once poetas» en la revista *Índice*, que, según confesión propia, pretendía «ayudar (...) a que tome cuerpo el grupo de poetas más reciente»; grupo del que se excluía a sí mismo y que contaba con Caballero Bonald, Rodríguez, González, Ferrán, Goytisolo y Costafreda<sup>3</sup>.

La postura de Valente respecto a esa cuestión me parece más definida en su respuesta al cuestionario que Batlló proponía a los seleccionados en su *Antología de la poesía nueva* (1968), respuesta en la que diferenciaba claramente la conciencia generacional de la pertenencia a un determinado grupo literario: «Hay en mí la conciencia de una situación (personal, colectiva) de la que difícilmente podría evadirme. No me siento ligado a ningún movimiento poético»<sup>4</sup>. Diez años más tarde, con ocasión de la muy discutible antología de Antonio Hernández, *Una promoción desheredada. La poética del 50*, Valente prohibiría expresamente su inclusión en ella<sup>5</sup>. Y en una entrevista aparecida en la revista *Quimera* en 1984, ponía en duda Valente la validez del concepto *generación* e implícitamente su adscripción o pertenencia consciente a cualquiera de las usualmente mencionadas<sup>6</sup>.

Fuera de esas declaraciones o protestas personales, parece fuera de toda duda que —con la insobornable independencia de que siempre ha hecho gala— Valente es uno de los miembros más destacados, si no el más representativo, de ese grupo; cuyos integrantes, por otro lado, le han tenido siempre en notable y unánime aprecio; en 1959 escribía Barral en una carta a Costafreda: «Valente es un gran tipo y un escritor serio (...)

<sup>3</sup> García Martín, 1986, p. 17.

<sup>4</sup> Batlló, 1968, pp. 361-362.

<sup>5</sup> «Valente, de quien ya había realizado la 'aproximación a su poética', así como la selección de poemas, contestó rogándome su no inclusión», Hernández, 1978, p. 15.

<sup>6</sup> «Todas las teorías son falsas o graves. La de las generaciones es parda (...) ha servido, sobre todo, a los fabricantes —alguno de ellos muy infradotados para percibir lo poético— de antologías y manuales» (Arancibia, 1984, pp. 84-85).

he releído sus poemas publicados, y resulta ser sin duda de los tres o cuatro mejores poetas de nuestra generación<sup>7</sup>. Más recientemente, en los «Encuentros con el 50» que tuvieron lugar en Oviedo en mayo de 1987, la ausencia de Valente (notorio indicio de su voluntaria desvinculación *promocional*) fue enmendada por Claudio Rodríguez mediante la lectura pública de «El cántaro», poema que el autor de *Don de la ebriedad* consideraba «muy significativo en cuanto a nuestra generación»<sup>8</sup>.

Pero volvamos al principio, revisando la situación de la poesía española en los años en que Valente inicia su carrera literaria. En 1952, cuando empezaba a gestarse el grupo en que integramos a nuestro autor (según ha recordado Caballero Bonald en una entrevista con María Payeras: «Valente fue el primero que conocí de todos. Lo conocí el año 52. Aquí había un colegio mayor que se llamaba Virgen de Gualalupe [...] estaban Valente, José Agustín Goytisolo, Juan Goytisolo, Emilio Lledó, Valverde (que medio estaba y medio no estaba) y yo [...] ése fue el foco de algo que estaba allí funcionando como el germen de un grupo, de una generación»<sup>9</sup>), aparecía la *Antología consultada de la joven poesía española*, que consagraba a nueve poetas (Bousoño, Celaya, Crémer, Gaos, Morales, Nora, Otero y Valverde), no mucho mayores que los que se reunían en aquel Colegio Mayor, como los más destacados entre los que se habían dado a conocer en la última década<sup>10</sup>. Pero si no era mucha la distancia generacional entre ambos grupos —el consagrado y el todavía en ciernes— su concepto de poesía pronto mostraría inequívocas diferencias. Veámoslo, repasando sumariamente algunas «Poéticas» de la *consultada*.

«La Poesía —declara Celaya— no está encerrada y enjaulada en los poemas. Pasa a través de estos como una corriente y consiste precisamente en ese pasar transindividual, en este ser del creador y el receptor uno para el otro y en el otro (...) Nada me parece tan importante en la lírica reciente como ese desenten-

<sup>7</sup> García Rafols, 1990, p. 30.

<sup>8</sup> *Encuentros...*, 1990, p. 118.

<sup>9</sup> Payeras, 1990 (a), pp. 7-8.

<sup>10</sup> «¿Quiénes son, en opinión suya, los (...) mejores poetas, vivos, dados a conocer en la última década?», había preguntado el editor-antólogo; «El editor se justifica», en Ribes, 1952, p. 10.

derse de las minorías y, siempre de espaldas a la pequeña burguesía semiculta, ese buscar contacto con unas desatendidas capas sociales que golpean urgentemente nuestra conciencia llamando a vida. Los poetas deben prestar voz a esa sorda demanda». Victoriano Crémer hace suyo, citando expresamente al maestro de Velingtonia, el postulado de Aleixandre<sup>11</sup> «Poesía es comunicación». Hierro declara categóricamente: «El poeta es obra y artífice de su tiempo. El signo del nuestro es colectivo, social (...) La poesía registra la huella que en el corazón del poeta dejan unos hechos, los que concretan su tiempo». Para Nora «la poesía busca lo otro, los otros, el mundo humano (...) toda poesía es 'humana' y 'social' por consiguiente (...) No veo la poesía como un lujo, sino como un trabajo, como una obra necesaria». Y Otero advierte: «Creo en la poesía social, a condición de que el poeta (el hombre) sienta estos temas con la misma sinceridad y la misma fuerza que los tradicionales»<sup>12</sup>.

A tenor de estas declaraciones (y también —claro está— de algunos poemas) es lógico señalar en la *consultada* uno de los hitos iniciales del fenómeno de la poesía social, entre cuyos lemas fundamentales está aquel postulado aleixandrino, pero que sería más justo denominar *bousoñiano*, por ser éste quien lo ha explicado y defendido teóricamente con más insistencia, incluso hasta fechas muy recientes<sup>13</sup>. Pero, ¿cuál era al respecto la postura de aquellos poetas un poco más jóvenes —Valente y compañía— que pronto habrían de tomar el relevo para representar la *nueva poesía* española?

Suele atribuirse al «grupo de Barcelona» (uno de los núcleos de esa segunda generación) la inicial y más decidida negación del dogma *bousoñiano*, iniciando una polémica (*comunicación* frente a *conocimiento*), acaso la que más específicamente caracteriza la *poesía nueva* que determinaría buena parte de la poesía de los años 50 y 60<sup>14</sup> (como ya notaba Ribes en la

<sup>11</sup> Aleixandre, 1950 y 1951.

<sup>12</sup> Cfr. en Ribes, 1952, pp. 45-46, 64, 106-107, 151-154 y 180, respectivamente.

<sup>13</sup> Cfr. Bousoño, 1962 y 1990.

<sup>14</sup> La polémica se estudia con detenimiento en los estudios dedicados a esta etapa de la poesía española; cfr. Ciplijauskaitė, 1966, pp. 458-472. Jiménez, 1972, pp. 15-24 y 108-115. Debicki, 1982, pp. 23-25. García Martín, 1986, pp. 73-92. Payeras, 1980 (a), pp. 185-200.

«Nota preliminar» a su antología de 1963: «El problema fundamental de estos cinco poetas de hoy [...] está en el dilema conocimiento-comunicación»<sup>15</sup>).

Pues bien, conviene recordar que ya en la *consultada* el más joven de aquellos poetas —y también el de más rigurosa formación filosófica—, Valverde, había escrito: «La poesía debe echar luz por encima de las cosas, pero no explicarlas, no resolverlas»<sup>16</sup>; papel *iluminador* de la poesía que, a mi juicio, no está muy lejos de la fórmula «*poesía es conocimiento*» que defendería la *generación de Valente*. Una fórmula que, sin desdeñar los conocidos artículos de Barral, Gil de Biedma o Badosa<sup>17</sup>, tiene su más destacado y acaso primer defensor en el poeta orensano. Así lo sugería Gil de Biedma en una entrevista con María Payeras: «Es una polémica que os habéis inventado vosotros. Lo que sucedía era que Carlos Barral y yo estábamos absolutamente en contra de la teoría de la poesía como comunicación, pero no teníamos ningún interés en decir que la poesía era esto o lo otro. El conocimiento me parece que fue cosa de Valente»<sup>18</sup>.

En efecto, si no fue él quien acuñó la idea, sí ha sido quien con más rigor e insistencia la ha defendido (mostrando ya desde muy pronto esa sólida lucidez de su pensamiento que la crítica ha advertido<sup>19</sup>). «Conocimiento y comunicación» se titulaba su poética en *Poesía última* (1963), la antología de Ribes que suele considerarse como *manifiesto* de la *poesía nueva*; la importancia de la cita puede justificar su extensión:

<sup>15</sup> Ribes, 1963, p. 12.

<sup>16</sup> Significativamente, la poética de Valverde se titula «Poética y metafísica»; el texto que cito, en Ribes, 1952, pp. 200.

<sup>17</sup> «Poesía no es comunicación» (Barral, 1953); «Poesía y comunicación» (Gil de Biedma, 1955) y «Primero hablaremos de Júpiter. (La poesía como medio de conocimiento)» (Badosa, 1958); cfr. ahora Badosa, 1990 y Boussoño, 1990.

<sup>18</sup> Payeras, 1989-90, p. 60.

<sup>19</sup> «El que más frecuente y detenidamente se ha expresado sobre el tema, demostrando una sólida formación literaria y filosófica y un pensamiento maduro, es José Ángel Valente» (Ciplijauskaitė, 1966, p. 472). «De los poetas de la segunda generación de posguerra, es José Ángel Valente uno de los de mayor lucidez crítica» (García Martín, 1986, p. 88). «La poética de Valente (...) es una de las más estructuradas de la poesía española de nuestro siglo»; «los ensayos de Valente, aún sin formalizar un sistema cerrado, constituyen la obra teórica más completa de cuantas podemos encontrar en los poetas aquí comentados» (Provencio, 1988a, p. 94 y 1988b, p. 184).

«... cuando se afirma que la poesía es comunicación no se hace más que mencionar un efecto que acompaña al acto de la creación poética, pero en ningún caso se alude a la naturaleza del proceso creador.

(...) la poesía es, antes que cualquier otra cosa, un medio de conocimiento de la realidad (...) es posible que incluso desde un punto de vista práctico y con miras a una *defensa* contemporánea de la poesía, la idea de ésta como conocimiento ofreciese más decidido interés que la teoría de la comunicación (...)

El instrumento a través del cual el conocimiento de un determinado material de experiencia se produce en el proceso de la creación es el poema mismo (...)

El material sobre el que el poeta se dispone a trabajar no está clarificado por el conocimiento previo que el poeta tenga de él, sino que espera precisamente esa clarificación. El único medio que el poeta tiene para sondear ese material informe es el lenguaje (...)

Todo poema es, pues, una exploración del material de experiencia no previamente conocido que constituye su objeto (...)

El acto creador aparece así como el conocimiento a través del poema de un material de experiencia que en su completa síntesis o en su particular unicidad no puede ser conocido de otra manera (...)

La poesía aparece así, de modo primario, como revelación de un aspecto de la realidad para el cual no hay más vía de acceso que el conocimiento poético. Ese conocimiento poético se produce a través del lenguaje poético y tiene su realización en el poema. Porque es éste la sola unidad de conocimiento poético posible (...)

Por existir sólo a través de su expresión y residir sustancialmente en ella, el conocimiento poético conlleva, no ya la posibilidad, sino el hecho de su comunicación (...) a quien en primer lugar tal *conocimiento se comunica* es al poeta en el acto mismo de la creación»<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> En Ribes, 1963, pp. 155-160; recogido en Valente, 1971, pp. 3-10, por donde cito.

Ese mismo año (1963), respondiendo a una encuesta de la revista *Insula*, insistía en la misma idea: «Sin desconocer, claro está, la importancia del elemento *comunicación*, parece ir tomando cuerpo una visión más radical o totalizadora de la poesía como *conocimiento* de la realidad»<sup>21</sup>. Y en 1966 lo reiteraba en los «Fragmentos de una poética» que precedían a sus poemas en la antología de Antonio Molina *Poesía cotidiana*:

«Escribo poesía porque el acto poético me ofrece una vía de acceso, para mí insustituible, a la realidad. Quizá no sea difícil desprender de ahí que veo la poesía en primer término como conocimiento y sólo en segundo lugar como comunicación. Por supuesto, no se me ocurriría en ningún caso excluir este segundo elemento o empuqueñecer su valor. Pienso, sin embargo, que para considerar la comunicación como lo primordial o característico del acto creador sería necesario que el poeta dispusiese al iniciar el poema de un material previamente conocido que se propusiera comunicar (...) El poeta no dispone de antemano de un contenido de realidad conocida que se proponga transmitir, ya que ese contenido de realidad no es conocido más que en la medida en que llega a existir en el poema. Es este último el que nos permite identificar, es decir, conocer en su realidad profunda, el material de experiencia sobre el que hemos trabajado»<sup>22</sup>.

Un par de años más tarde, respondiendo al cuestionario de la antología de Batlló, incluía entre los que denominaba «clichés (...) parciales e insuficientes, aunque repetidos mecánicamente como postulados totalizadores» el de «la definición de poesía como 'comunicación'. Por mi parte —explicaba—, busco más en la poesía su raíz de conocimiento, de aventura o gran salida hacia la realidad no expresada o incluso ocultada»<sup>23</sup>. Y en 1969 publicaba en la *Revista de Occidente* un artículo ti-

<sup>21</sup> Valente, 1963, p. 5.

<sup>22</sup> En Molina, 1966, pp. 489-490.

<sup>23</sup> Batlló, 1968, pp. 361-362.



tulado «Literatura e ideología», en el que, además de repetir su poética de la antología de Molina, añadía algunos razonamientos dignos de ser citados aquí:

«Quedamos así en condiciones de acercarnos a la consideración de la actividad poética como revelación de lo encubierto, es decir, a la noción de poesía como conocimiento (...)

El predominio de la comunicación ha desplazado en cierto modo la interpretación de la obra literaria como medio de acceso a la realidad o a lo que de ésta queda oculto o encubierto. Pero sólo entendida como invención o hallazgo de la realidad encubierta cobra la actividad poética su verdadero sentido e impone la razón profunda de su necesidad»<sup>24</sup>.

Pero especialmente interesantes me parecen los argumentos con los que plantea la relación —que nos importa mucho ahora— entre la concepción de la poesía como comunicación y las limitaciones que a esas alturas estaba evidenciando la peor *poesía social*:

«Esa literatura politizada en grueso es una poesía reducida a su mera instrumentalidad, sierva de la intención y los temas, absorbida por decreto en la superestructura ideológica. La obra de arte sigue conservando el elemento comunicación e incluso llega a consistir exclusivamente en él; pierde, en cambio, su nativa función de conocimiento que la condiciona como tal obra de arte, y al perderla se desnaturaliza».

Aparte de lo pertinente de esa denuncia, lo que ahora me importa es aprovechar la cita para recordar el papel de nuestro poeta en la compleja trayectoria de la poesía social de los años 50 y 60; una trayectoria que no procede repasar aquí, aunque sería muy útil para situar generacionalmente a nuestro autor. Al margen de las matizaciones que desde nuestra perspectiva

<sup>24</sup> Este texto y el que inmediatamente cito en Valente, 1971, pp. 24-26 y 30-31.

anual quepa hacer, parece fuera de toda duda la militancia de Valente en aquella corriente; no tendremos más que recordar su inclusión en aquella antología-manifiesto de la poesía *comprometida* que fue *Veinte años de poesía española* (luego *Un cuarto de siglo de poesía española*<sup>25</sup>); la publicación de su libro *Sobre el lugar del canto* (1963) en «Colliure», la más emblemática colección de la poesía social española<sup>26</sup>; o su inequívoca declaración en la *Antología de la poesía social* de Leopoldo de Luis (1965): «El autor de las presentes líneas (...) considera que su obra poética (...) ha sido y sigue siendo profundamente solidaria de la necesidad histórica y social de los temas hacia los que la *poesía social*, como género limitado entre nosotros por determinadas circunstancias de lugar y tiempo, ha apuntado»<sup>27</sup>.

Ahora bien, esa clara asunción de la necesidad y oportunidad *históricas* de la poesía social no le impedía advertir, con una lucidez tan temprana como infrecuente entre los poetas y críticos de su tiempo, las limitaciones que acechaban a aquella corriente; ya en un artículo en *Insula* (1961) había advertido con notable rigor la nefasta y peligrosa confusión de valores que acechaba en la exaltación de la tendencia y en el menosprecio del estilo:

«Hoy, cuando tanto sobresalto podría causar aún la acusación de formalismo, me parece especialmente saludable pensar en el estilo (...)

Nuestras letras de postguerra se han caracterizado, al menos en sus manifestaciones de mayor interés, por un antiformalismo más o menos polémico y por el descubrimiento de la necesidad histórica y social de ciertos temas (...)

La adscripción a determinadas tendencias temáticas, por oportunas o necesarias que sean, no justifica al escritor ni garantiza la existencia de la obra literaria. (...)

[se puede ver] en el panorama reciente de nuestra poesía la sobreabundancia anómala de la tendencia en

<sup>25</sup> Castellet, 1960 y 1966.

<sup>26</sup> Cfr. al respecto Payeras, 1990 (a), especialmente pp. 150-153 y 1990 (b).

<sup>27</sup> En Luis, 1965, p. 319.

perjuicio grave del estilo (...) Abundan los poetas con tendencia y escasean los poetas con estilo»<sup>28</sup>.

Creo que, aun sin mencionarlo expresamente, Philip Silver se basaba en este dictamen de Valente cuando, en su artículo «Nueva poesía española: la generación Rodríguez-Brines», al notar cómo la tendencia social estaba siendo relegada por los jóvenes poetas de aquel grupo, señalaba [y debo advertir que cito por la no muy correcta traducción que de este artículo, aparecido originalmente en inglés, publicó *Insula*]: «a mediados de los años 50 aparece un (...) grupo de poetas antidogmático, criticando a los poetas sociales por su falta de estilo»<sup>29</sup>. Una idea muy extendida, que recientemente corregía Gabriel y Galán en el número que la revista *El Urogallo* dedicó al grupo del 50 («el tópico al uso nos dice que es un conjunto de poetas [...] que rompen con la vergonzante poesía social anterior, que frente al descuido formal precedente presentan una exquisita preocupación por el lenguaje»); y añadía una matización que se me antoja especialmente adecuada para caracterizar la peculiar poesía social de Valente: «los poetas del 50, al menos en la primera parte de sus producciones, no provocan ruptura alguna; se declaran en general honrados partícipes de la poesía social, aunque quizá pudiera matizarse denominándolos cívico-morales»<sup>30</sup>. Distinción, por cierto, similar a la que apuntara Bousoño: «Lo que antes había sido poesía *social*, se convierte así ahora en poesía *crítica* (...) lo poéticamente relevante en esta generación no resulta ser ya, en último término, la política como tal, sino el subyacente criticismo»<sup>31</sup>.

Volviendo a la postura de Valente respecto a la poesía social, recordaré que, en una encuesta de *Insula* de 1963, respondía a la pregunta «¿Cómo ve usted la situación de la poesía de hoy?» reiterando los reproches que conocemos y añadía otro tan ajustado como sorprendente; no me parece descaminado suponer que lo que llama «falacia de la doble voz» po-

<sup>28</sup> En Valente, 1971, pp. 11-15.

<sup>29</sup> Silver, 1969, pp. 13-14.

<sup>30</sup> Gabriel y Galán, 1990, p. 27.

<sup>31</sup> Bousoño, 1985, p. 48.

dría aplicarse a alguno de sus más destacados compañeros de promoción:

«El hecho más caracterizador, según creo, de la evolución última de nuestra poesía es la conciencia —hasta hace poco tácita, hoy plenamente declarada— del desgaste de ciertas fórmulas que se consolidaron con relativa fortuna en el decenio de 1950.

(...) la 'poesía social' (...) ha venido a dar de bruces y másivamente en un realismo de superficie (...)

Parte no pequeña de culpa corresponde a lo que podríamos llamar la 'falacia de la doble voz'. No es infrecuente que poetas más o menos notorios asuman una voz popular, simplificada o catequística, para tratar ciertos temas por conciencia, sin duda sincera, de sus deberes ideológicos o de culto, mientras reservan los más complejos y refinados registros de su formación lírico-burguesa para la expresión poética de la experiencia privada»<sup>32</sup>.

Juicios como este justifican la advertencia de Provencio (que se diría escrita pensando en Valente) cuando considera inexacto «identificar con los sociales a los poetas de la segunda generación, al menos en cuanto a lo que podemos deducir de sus poéticas»<sup>33</sup>. Y añade algo que me importa recoger ahora, porque alude a la última cuestión que quisiera tocar aquí: la situación de Valente en relación con las promociones de los años 70-80 (*novísimos y postnovísimos*); tras notar que «la batalla contra la poesía socialrealista que los novísimos creyeron librar estaba ya ganada, teóricamente al menos, por los poetas de la generación anterior», señala como muestra de la evidente continuidad entre ambas promociones las coincidencias teóricas entre Valente y Gimferrer.

Precisamente al autor de *Arde el mar* debemos un muy lúcido análisis de la ejemplar trayectoria valentina, en la que advierte cómo, partiendo del llamado realismo histórico o social,

<sup>32</sup> Valente, 1963, p. 5.

<sup>33</sup> Provencio, 1988 (a), p. 14.

ha ido evolucionando con ejemplar rigor autocrítico; y marca en 1966, con *La memoria y los signos*, el punto de inflexión donde «empieza a perfilar sus últimas consecuencias con tal claridad que, de un lado, le aísla y distingue netamente de los demás poetas de su generación y, de otro, le permite escribir los mejores y más intensos poemas que debemos a ésta»<sup>34</sup>. Por su parte, Martínez de Mingo, en un interesante artículo aparecido en la poco conocida revista *Hispanorama* en 1988, consideraba significativo que «además de superar el lastre realista como todos los demás, Valente no da sensación de repetición o agotamiento tan pronto como el resto de sus compañeros»<sup>35</sup>.

Muy probablemente ello se deba a que nuestro poeta ha llevado a cabo de manera rigurosa y sin concesiones lo que anunciaba en una de sus respuestas a la encuesta de Batlló: «La poesía ha de restablecer desde la órbita irrenunciable [...] de la experiencia personal la validez de un lenguaje público corrupto o falso. Pues la poesía, cuando es tal, restituye al lenguaje su verdad»<sup>36</sup>. De ahí ese progresivo ahondamiento de la lírica valentina, con su paulatino despojamiento en busca de la esencialidad significativa; despojamiento y búsqueda que conduce irremisiblemente a los límites del silencio, en coincidencia con una de las líneas más interesantes de la reciente lírica española, la llamada *poética del silencio*.

No es esa la única correspondencia que podríamos advertir entre el poeta orensano y la poesía actual; en su revisión «La generación poética del 50: treinta años después», Santiago Daydí destacaba en 1985<sup>37</sup> la contemporaneidad de Valente, cuya obra «dialoga activamente con las obras presentes y se incorpora con plenitud generativa al discurso lírico del postfranquismo (...) más exactamente, se sitúa como un nuncio de lo que habría de venir». Y permítaseme recordar que, en apoyo de ese vaticinio, el crítico aducía el balance de la poesía española de los años 80 que acabábamos de publicar en *Anales de*

<sup>34</sup> Gimferrer, 1978; en Rodríguez Fer, 1992, pp. 39-41.

<sup>35</sup> Martínez de Mingo, 1988, p. 110.

<sup>36</sup> Batlló, 1968, p. 362.

<sup>37</sup> Fecha de la presentación de su comunicación en un Congreso en Columbus (Ohio), aunque la publicación se retrasase algunos años; los textos que cito, en Daydí-Tolson, 1988, pp. 91-93.

*la Literatura Española Contemporánea* cuatro colegas de nuestro departamento<sup>38</sup>; no puedo, pues, sino adherirme a sus palabras, que además bien pueden servirnos como cierre de esta lección: «Parece evidente que la ejemplaridad de Valente es la más efectiva en cuanto su obra ha dictado direcciones a la poesía española de la última década, al menos a una parte importante (...) Aunque probablemente no se pueda hablar hoy de obras magistrales en la lírica española del cincuenta (...) la obra de Valente es la que más se aproxima a alcanzar un carácter ejemplar, de directriz de los desarrollos más recientes».

Prometí situar a Valente en su contexto generacional y he terminado refiriéndome a la poesía más reciente; acaso sea el mejor elogio para quien se ha mantenido desde hace cuarenta años como una de las referencias más lúcidas y ejemplares del pensamiento literario español.

### Bibliografía citada

- ALEIXANDRE, V.: «Poesía. Moral. Público» [1950]; «Poesía, comunicación» [1951], en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1968, pp. 1570-1580 y 1581-1583.
- ARANCIBIA, M.: «Palabras y ritmos: el don de la lengua», *Quimera*, n.ºs 39-40 (julio-agosto 1984), pp. 84-85.
- BADOSA, E.: «Primero hablaremos de Júpiter. (La poesía como medio de conocimiento)», *Papeles de Son Armadans*, n.º 28 (julio 1958), pp. 32-46; n.º 29 (agosto 1958), pp. 135-149.
- , «Sigamos hablando de Júpiter», *Insula*, n.º 523-524 (julio-agosto 1990), pp. 15-17.
- BARRAL, C.: «Poesía no es comunicación», *Laye*, n.º 23 (1953), pp. 23-26.
- BATLLO, J. (ed.), *Antología de la nueva poesía española*. Madrid, Ciencia Nueva, 1968.
- BOUSOÑO, C.: «Nuevas ideas sobre la comunicación en poesía», *Papeles de Son Armadans*, n.º 72 (1962), pp. 4-47.
- , «II. Dos generaciones frente a frente» [de «La poesía de Francisco Brines» (1974)], en *Poesía postcontemporánea*.

<sup>38</sup> Gómez Segade y otros, 1984.

- Cuatro estudios y una introducción*. Madrid, Júcar, 1985, pp. 38-49.
- , «La poesía es comunicación», *Insula*, n.º 523-524 (julio-agosto 1990), pp. 13-14.
- CASTELLET J. M.<sup>a</sup> (ed.), *Veinte años de poesía española*. Barcelona, Seix-Barral, 1960; 2.<sup>a</sup> ed.: *Un cuarto de siglo de poesía española (1939-1964)*, Barcelona, Seix-Barral, 1966.
- CIPLIJAUSKAITE, B.: «Direcciones de postguerra: comunicación y conocimiento»; cap. VI de *El poeta y la poesía. (Del romanticismo a la poesía social)*. Madrid, Insula, 1966, pp. 383-484.
- DAYDI-TOLSON, S.: *Voces y ecos en la poesía de José Angel Valente*. University of Nebraska-Lincoln, 1984.
- , «La generación poética del 50: treinta años después», en: S. Amell y S. García Castañeda (eds.), *La cultura española en el postfranquismo. Diez años de cine, cultura y literatura (1975-1985)*. Madrid, Playor, 1988, pp. 85-93.
- DEBICKI, A. P.: *Poetry of Discovery. The Spanish Generation of 1956-1971*. Lexington: The University Press of Kentucky, 1982; trad.: *Poesía del conocimiento. La generación española de 1956-1971*. Madrid, Júcar, 1986.
- Encuentros con el 50. La voz poética de una generación. (Mayo 1987, Oviedo)*. Oviedo, Fundación Municipal de Cultura, 1990.
- GABRIEL Y GALAN, G.: «Una revisión imprescindible», en «Poetas del 50», *El Urogallo*, n.º 49 (junio 1990), pp. 26-27.
- GARCIA MARTIN, J. L., *La segunda generación de posguerra*. Badajoz, Publicaciones de la Diputación Provincial, 1986.
- GARCIA RAFOLS, J.: «Alfonso Costafreda y Carlos Barral: correspondencia inédita», *Insula*, n.º 523-524 (julio-agosto 1990), p. 30.
- GIL DE BIEDMA, J.: «Poesía y comunicación», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 67 (1955), pp. 96-101.
- GIMFERRER, P.: «Trayectoria de José Angel Valente», en *Radicalidades*. Barcelona, Antoni Bosch, 1978, pp. 142-145.
- GOMEZ SEGADE, M.; GONZALEZ HERRAN, J. M.; NOVO VILLAVERDE, Y. y SANTOS ZAS, M.: «Rumbos de la poesía española en los ochenta», *Anales de Literatura Española Contemporánea*, IX (1984), pp. 175-200.

- HERNANDEZ, A. (ed.): *Una promoción desheredada: La poética del 50*. Bilbao, Zero-Zyx, 1978.
- JIMENEZ, J. O.: «Poética y poesía de la joven generación española» [*Hispania*, XLIX (1966)]; refundido y ampliado como «Poética de una nueva promoción lírica»; «Nueva poesía española (1960-1970)» [*Insula*, n.º 288 (noviembre 1970), pp. 1, 12-13]; ambos en *Diez años de poesía española: 1960-1970*. Madrid, Insula, 1972, pp. 101-121 y 15-33, respectivamente.
- LUIS, L. de (ed.): *Poesía social española contemporánea. Antología (1939-1968)*. Madrid, Alfaguara, 1965.
- MARTINEZ DE MINGO, L.: «El grupo castellano del medio siglo», *Hispanorama*, n.º 48 (marzo 1988), pp. 108-111.
- MOLINA, A. (ed.): *Poesía española contemporánea. Antología (1936-1964). Poesía cotidiana*. Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1966.
- PAYERAS GRAU, M.<sup>a</sup>: «Una entrevista con Jaime Gil de Biedma», *Abalorio*, n.ºs 17-18 (otoño-invierno 1989-90), pp. 57-67.
- , *La colección «Colliure» y los poetas del medio siglo*. Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, 1990.
- , «Literatura, Sociedad Anónima», *Insula*, n.ºs 523-524 (julio-agosto 1990), pp. 8-13.
- PROVENCIO, P.: *Poéticas españolas contemporáneas. I. La generación del 50*. Madrid, Hiperión, 1988.
- , «Los poetas en sus poéticas», *Revista de Occidente*, n.ºs 86-87 (julio-agosto 1988), pp. 179-194.
- Anónimo [F. RIBES (ed.)]: *Antología consultada de la joven poesía española*, Santander-Valencia, Marés, 1952.
- RIBES, F. (ed.): *Poesía última*. Madrid, Taurus, 1963.
- RODRIGUEZ FER, C. (ed.): *José Angel Valente*. Madrid, Taurus, 1992.
- SILVER, P.: «New Spanish Poetry: The Rodríguez-Brines Generation», *Books Abroad*, 42 (1968), pp. 211-214; trad.: «La nueva poesía española: la Generación Rodríguez-Brines», *Insula*, n.º 270 (mayo 1969), pp. 1-14.
- VALENTE, J. A.: «Tendencia y estilo» [en *Insula*, n.º 180 (noviembre 1961)]; «Conocimiento y comunicación» [«Poética» en F. RIBES, 1963]; «Literatura e ideología» [en *Revista de Oc-*



*cidente*, n.º 70 (enero 1969)]; en *Las palabras de la tribu*, Madrid, Siglo XXI de España, 1971, pp. 11-15, 3-10 y 20-38, respectivamente.

—, [respuesta a] «Encuestas de *Insula*», *Insula*, n.º 205 (diciembre de 1963), p. 5.

—, «Poética», en LUIS, 1965, p. 319.

—, «Poética» (Fragmentos de una poética), en MOLINA, 1966, pp. 489-490.

—, [respuestas a la encuesta] en BATLLO, 1968, pp. 361-362.